

Bolsillo  Era

www.edicionesera.com.mx

Fernando Benítez

Historia de un chamán cora

Ediciones  Era

www.edicionesera.com.mx

LA VIDA EN EL CENTRO CEREMONIAL DE JESÚS MARÍA

La mañana crece lentamente en el fondo del cañón. Hacia el oriente, es decir hacia Viricota, la tierra mágica del peyote, una luz perla invade el cielo. Es una hora de gran silencio. Los perros cesan de ladrar, cansados de reñir toda la noche, y los gallos se aquietan. Sus cantos espaciados provocan la respuesta en cadena de sus lejanos colegas.

Tayau, Nuestro Padre el Sol, inicia luego el ascenso apoyado en su bastón de plumas brillantes y, cuando al fin logra ocupar su banco amarillo, ya es de día. Al abrir la ventana, el paisaje se me ofrece en tres planos superpuestos. Arriba, sobre las lomas fronteras, se disponen las chozas entre los nopales y los pitahayos, formando el clásico, inalterable marco del indio campesino; en el centro, la vista de unos tejados pajizos, cubiertos a medias por el ramaje de los huizaches, me hace sentir que estoy en una aldea de China, y abajo las bardas de piedra y los adobes de las casas evocan los pueblos de Extremadura y Castilla.

Allá lejos, en los extremos del cañón, surgen aún espejismos azules que no bastan a mitigar el agobio de la seca. Nuestro Padre gobierna el cielo despóticamente y a todos nos aplasta su radiosa claridad.

Desde las seis, las campanas de la iglesia llaman a misa reiterada e inútilmente. Luego se escucha el motor del único avión. Vuela rozando con la punta de las alas los muros del barranco y aterriza envuelto en una polvare-

da. Los niños, llevando cubetas de agua sobre la cabeza, suben del río. Antes de las ocho, el maestro golpea un riel que hace las veces de campana, y se oye la sirena con la que los franciscanos de la misión reúnen a sus trabajadores. Cuando el avión despegua de regreso a Tepic, el silencio y la rutina vuelven a establecer su imperio quebrantado.

Jesús María, cabeza municipal y religiosa del mundo cora, es sólo una larga calle polvosa y derrengada con el aditamento de algunas plazuelas y callejones paralelos. La iglesia de los jesuitas –Lumholtz creyó advertir en ella reminiscencias moriscas– está situada en el centro, donde convergen el barrio sureño de los coras y el barrio norteño de los mestizos. Privada de luz, de agua, incluso de carretas, es como un poblacho anterior a la dictadura de Porfirio Díaz. Las recuas de mulas y un jinete ocasional son de tal modo los únicos signos de la velocidad que cuando volví a Tepic me causaron extrañeza los automóviles deslizándose por las bruñidas carreteras y necesité varias horas para readaptarme al ritmo de la vida moderna.

No hay nada que hacer. Los coras salen a pescar camarones, a traer leña, a cuidar las vacas. Sus mujeres, armadas de carrizos, tumban las pencas de los nopales y se ocultan todo el día en sus oscuras cocinas. Los mestizos viven en sus tendajos, preparan sus yuntas o se entregan a pequeños negocios de agio.

El río

El río es invisible. Sus aguas corriendo en el fondo del cañón constituyen un mundo enteramente divorciado del paisaje desértico. A cuatro o cinco metros de su cauce crecen los altos candelabros de los pitahayos, las

opuncias, los herbazales quemados del monte. Para descubrirlo es necesario bajar hasta el último nivel y entonces se advierte, no sin asombro, que Jesús María no sólo es el páramo, el roquedal abrasado, sino algo oscuro, móvil, fresco, increíblemente sedante y fascinador.

Todo lo bueno y todo lo malo nace del río para los coras. Allí moran las grandes serpientes negras, símbolos del mal y de la noche, que abandonan las aguas con el propósito de devorar a los hombres y deben ser matadas por las flechas de Hátzikan, el Lucero de la Mañana. Allí tiene su casa la Diosa Tétewa, la Dueña de los Pescados, y las Diosas de las Nubes y de las Lluvias. Allí acuden los que acarrear penosamente el agua, las mujeres que lavan la ropa. Bajo el cantil rojizo llamado Shuisetana, el Lugar o el Pueblo de los Coras, se baña la gente desnuda, y allí, por último, se dan cita los enamorados y juegan en el agua, elemento esencial de la purificación.

Los coras

Cuando los coras y los mestizos velaban el Santo Sepulcro, de pronto resucitó Jesucristo y, advirtiendo que los indios se habían dormido, dejó a los mestizos como herencia el dinero, las tiendas, las buenas tierras, las aguas y los bosques.

En el momento en que el Señor iniciaba su ascensión, acertó a despertar un viejo principal y, oyendo sus palabras, le preguntó angustiado:

—Y a nosotros, Señor, ¿qué nos dejas?

—A ustedes, por haberse dormido, les dejo el tabaco y la pipa, el algodón sagrado y las plumas de águila y de urraca.

Lo que esta historia no nos dice es que los indios siguieron dormidos a pesar de que su culpable descuido

originó este reparto tan desigual de los bienes. Jesucristo estableció el nuevo orden social y económico. A los mestizos invasores de tierras coras les concedió el privilegio del comercio, del arado, de la posesión y disfrute de las riquezas materiales, mientras que confinó a los indios en el mundo de lo sagrado y de la magia.

Esta parcelación de actividades determinó que los blancos, liberados de compromisos, pudieran fijar los precios de las mercancías, ahorrar dinero y prestárselo a los indios que para cumplir sus obligaciones religiosas están obligados a empobrecerse y a recurrir a los blancos en los tiempos difíciles.

Los chamanes, manejadores de la herencia desde los tiempos del padre Ortega, consideraron oportuno sustraerse a la vigilancia de la Iglesia y establecieron sus “ranchos” lejos de Jesús María, hasta donde llegan los vecinos cuando se prepara una ceremonia o alguien enferma.

El gobernador de la tribu tiene la obligación de permanecer un año en Jesús María. Dispone de dos grandes casas de piedra, ubicadas en lo alto de una colina, asiento del barrio de San Miguel. Una, llamada *tatuan tejé tomoashire*, es la casa principal del *tatuan*, otra, la *tatuan an yashapuntare*, es la casa de las juntas del gobernador.

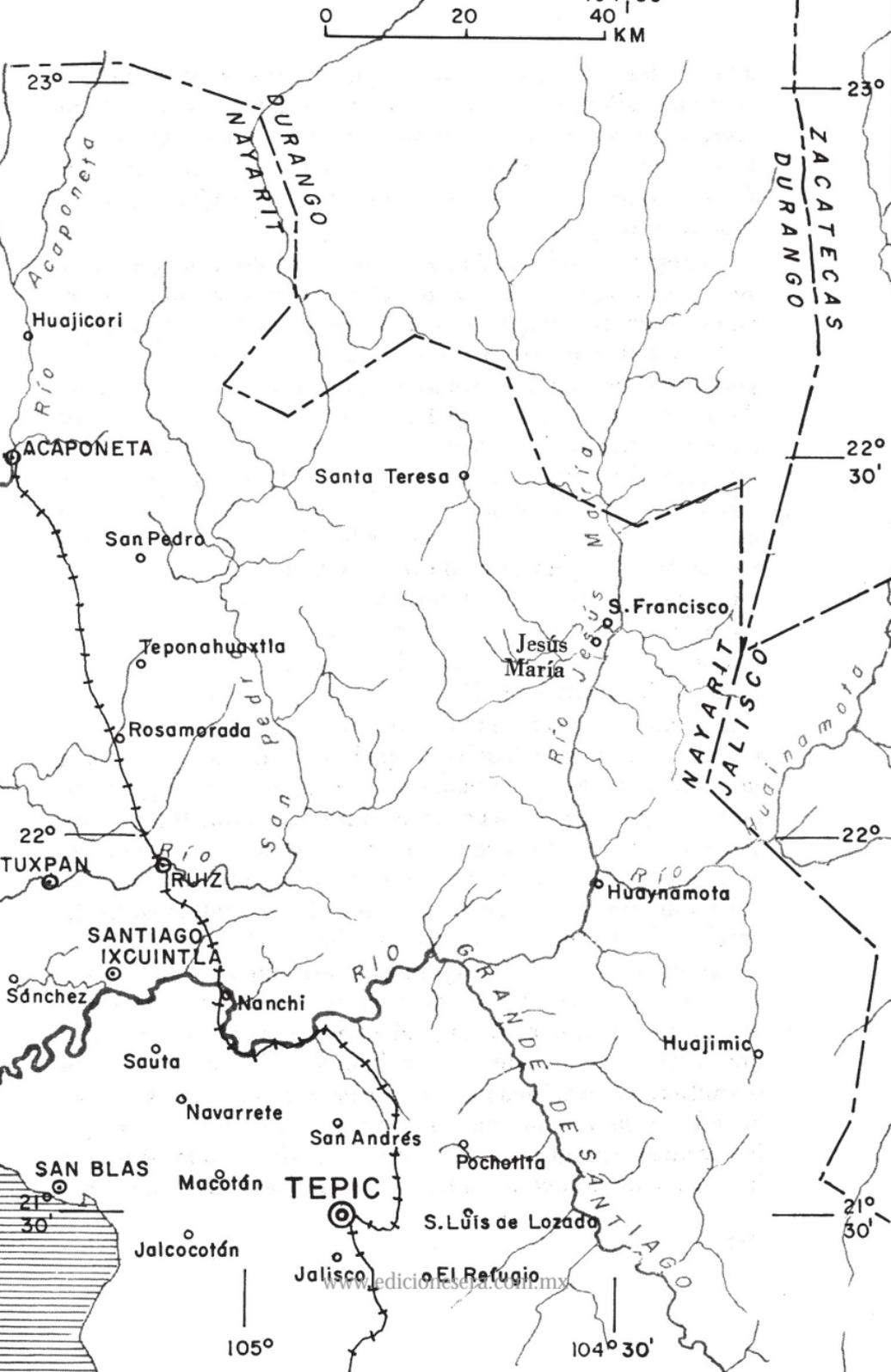
Las noches de los jueves, el gobierno se reúne en la casa del *tatuan*. Un cabo de vela produce una penumbra parpadeante y dorada donde flotan, como espectros, los indios vestidos de blanco. Groseros tablones, restos de barcas que conservan la forma de la proa, adosados a los muros, les sirven de bancos. En la cabecera se levanta el altar coronado por dos arcos, que en las ceremonias se adornan de algodones, de brillantes papeles, de espejos y de flores.

La destrucción de los dioses, unida a la miseria, deter-

mina la apariencia ruinoso de la sagrada parafernalia. Fuera del mantel blanco y de un hermoso paño bordado colocado en el centro del altar, resulta tedioso enumerar detalladamente los humildes objetos: cántaros llenos de agua bendita, incensarios y candeleros de barro, flechas carcomidas, morrales y viejos cestos alineados en el suelo o colgados de las paredes. En la casa no hay santos, ni urukames –pequeños trozos de cuarzo, símbolos de las almas de los viejos y los muertos huicholes–, ni tarimas donde bailen los danzantes, ni haces de yerba, ni tampoco el agujero central destinado al fuego que figura en los templos de sus vecinos.

El deterioro de los objetos es compensado por la intensidad del culto. El basta del gobernador, sentado en su equipal, cerca del altar, mantiene la cabeza inclinada entre las manos, dando a entender que cumple su importante papel de intermediario. El basta es el rezandero oficial, el encargado de orar por los coras de Jesús María y sus espaldas llevan el peso de los dolores, las esperanzas y los anhelos de la comunidad.

Varios ayudantes, acuclillados, preparan las ofrendas que deberán ser llevadas a la caja del Santo Entierro depositada en la iglesia: flores, algodones –especie de discos mágicos que registran las súplicas– y flechas pintadas con signos que también expresan ruegos y oraciones. Renuevan la vela extinta y el primer gobernador acompañado del segundo gobernador, llamado teniente, se levantan y, de pie frente al altar, recitan la misma oración, aunque dicha en tiempos y en tonos diferentes. El tatuan es el único viejo del gobierno. Su rostro oscuro, antiguo e indescifrable, parece hecho a fuerza de sobreponer puñados de barro que forman la frente estrecha, los pómulos salientes, el mentón, los labios gruesos y desgarrados.



El segundo gobernador, un hombre gordo, a la vez repulsivo y atrayente, reza con los ojos porcinos cerrados y las manos cruzadas abajo de su redondo vientre. La apariencia de los dos altos funcionarios, vestidos de ropas sucias y andrajosas, establece un divorcio absoluto con su fervor y su dignidad, del mismo modo que los míseros objetos del culto no guardan relación con la atmósfera cargada de electricidad religiosa. Terminada la oración, inicia la suya el basta, dirigiéndose a los dioses de los cuatro rumbos cardinales. Fuma despacio su pipa y arroja bocanadas de humo que dispersa valiéndose del gran cetro de plumas de urraca. Luego se inmoviliza. Las palabras rítmicas también parecen flotar en la atmósfera y hacer tangible su densidad.

Con el permiso del gobernador, acerco a su boca el micrófono de la grabadora. Durante quince larguísimos minutos el basta, sin pestañear, sin importarle la presencia del aparato, recita su conjuro. Vuelvo después a mi banco y, ya pasada la ceremonia, los gobernadores se dirigen al intérprete diciéndole que desean escuchar el canto del basta. Hago retroceder la cinta y la grabadora no emite el menor sonido. Repito la operación con el mismo resultado y entonces me doy cuenta de que en mi prisa la palanca del encendido se había corrido. Inútilmente pedí que me dieran otra oportunidad. Transcurrido el tiempo sagrado, la oración no podía repetirse, y según me explicó después mi intérprete, los coras atribuyeron la mudez de la grabadora no a mi torpeza, ni a una falla mecánica, sino a la voluntad de los dioses, que no permitieron la profanación y borraron el rezo, como las nubes de tabaco cubren las enfermedades venidas de Viricota y los hechizos creados por los brujos. Los gobernadores tenían la convicción de que así debía suceder fatalmente. Los grandes chamanes cuando son fotogra-

fiados contra su voluntad, pueden asimismo rodearse de nubes y permanecer invisibles.

Los centuriones

Entre tanto, a los pies de la colina, se desarrolla una ceremonia paralela. El primer centurión, el negro, y el segundo centurión, el blanco, los funcionarios religiosos más importantes de Jesús María, reunidos con su basta en la casa propiedad del Santo Entierro, se entregan a la oración y a prepararle idénticas ofrendas. La actividad centrada en ambas casas ofrece un extraño contraste con el silencio de un pueblo que duerme tranquilo confiado en que sus intermediarios están ocupados en presentarles a los dioses los problemas y las oraciones de todos.

La Iglesia

En un cuartucho, pintado de un desagradable y convencional azul celeste, el obispo, sentado frente a una Olivetti, trata penosamente de escribir su correspondencia diaria. Sobre las estanterías repletas de libros descansan algunas imágenes de yeso envueltas en celofán y de la pared cuelgan dos fotografías que eternizan de un modo precario el momento culminante de la vida religiosa del obispo: fray Manuel Romero, en ocasión de una junta mundial de prelados misioneros, se inclina reverente ante Su Santidad el Papa.

Este marco ramplón no da una idea de quién es en realidad el primer obispo de coras, huicholes y tepehuanes. Robusto cincuentón, de piel oscura, gruesos anteojos de miope y pelo cortado al rape, parece un hombre sencillo y un poco aldeano. Al hacerle mi primera visita pensé que se trataba de uno de sus familiares y le dije:

–¿Podría hablar con el obispo?

–El obispo soy yo –me responde, descubriendo sus dientes de oro, al mismo tiempo que limpia su escritorio del polvo que inexorablemente dejan caer los techos coras.

El obispo tiene más de veinticinco años de franciscano y era maestro de griego y de hebreo en el seminario de Zapopan cuando lo ascendieron a la prelatura de Jesús María, sin que supiera nada de los indios. Su estilo, casi popular, lo hace el antípoda de su viejo precursor, el barroco padre Ortega.

–Sabíamos por la geografía que había indios, pero yo estudié con los franciscanos de Chicago y trabajé siempre en las ciudades. Cuando me eligieron para prelado me hablaron mal de los indios. Son malos, borrachos, perezosos, criminales; lo van a matar por allá, decían todos. Vine atemorizado. Me recibieron muchos indios, todos con un cuchillo en la cintura, y esto confirmó mis temores.

–¿Qué idea tiene usted de los coras?

–Al principio eran poco amistosos; después revelaron cierto afecto, aunque casi no hablan. Yo creo que el cora, más que el huichol y el tepehuano, siente la necesidad del auxilio divino. Es muy generoso, muy religioso, si bien su religiosidad está mezclada con las supersticiones. Tiene ganas de Dios y una fe ciega en sus “santitos”. Uno se los gana con los santitos. Mire usted, en las noches vienen a traerles ofrendas de flores y de algodones. El algodón es para ellos algo especialmente sagrado. Un cora me dijo: “El algodón está hecho de hilos muy finos y estos hilos forman uno solo, muy largo, tan largo que llega al cielo y después regresa a la tierra transformado en gracias divinas”. A los cerros entregan clave-llinas, cempasúchil, flechas y algodones. Su amor por

los santitos carece de límite. Mientras más harapientos y más horrorosos sean, mayor es su veneración. El santo de los mestizos –dicen– es un santo blanco y elegante, un santo de los vecinos. A los suyos les rezan y les llevan ofrendas y alimentos para que los libren de la picadura del alacrán, de las enfermedades, de los malos espíritus, y les den maíz, frijol y calabazas. El indio, por su propia penuria, siente más la necesidad de lo divino, pero el mestizo tiene un mayor convencimiento y cumple mejor con sus deberes religiosos.

El imperio de los franciscanos

–Nosotros recibimos ayuda de los franciscanos alemanes o norteamericanos, y no de Propaganda Fide, porque no se considera ya a México como un país infiel.

–Señor obispo, usted sabe que la casi totalidad de los indios de su prelatura son “infieles”.

–Sí, esto es cierto, pero México no está al nivel de África o de China. Oficialmente, somos un país cristiano a partir del siglo XVI.

–¿Qué hacen los franciscanos en la sierra?

–Aquí en la sierra sostenemos tres internados con un total de 280 alumnos: el de Santa Clara, el de Guadalupe Ocotán y el de Huastita. Buscamos un doble fin: el de cristianizarlos, porque son paganos, y el de instruirlos, porque son ignorantes. Se les enseña la doctrina, el significado de los sacramentos, el rosario. Aprenden español, aritmética, historia, geografía y canto, algo de agricultura y carpintería. La asistencia varía mucho, pero la mayoría está con nosotros cuatro o cinco años. Lo malo es que cuando vuelven a sus ranchos los casan a los doce o a los trece años y el medio ambiente destruye su escasa formación. ¿Cómo hacer para que el “indito”

no pierda lo poco que va ganando? Hemos pensado fundar una escuela de artesanías y concentrar en Jesús María a tepehuanes, coras y huicholes, uniendo la doctrina a la utilidad. Deben enseñarse a ser buenos cristianos y buenos trabajadores. No deben salir de la sierra porque el que sale ya no quiere regresar. Habrá un grupo de cuarenta y cinco promotores y también recibiremos matrimonios.

–Usted, señor obispo, habla de “promotores”. Éste es precisamente el sistema creado por el Instituto Nacional Indigenista. Ya en Huajimic se ha establecido una gran escuela de promotores.

–Creo que en ciertos aspectos seguimos una política semejante. No hay otra manera de arraigarlos a su tierra y de que sean útiles a sus semejantes. La población cora en Jesús María fluctúa demasiado. Los niños vienen de sus ranchos el lunes y se marchan el sábado. Viven en parajes distantes y sólo se congregan en las fiestas. Aquí habitan permanentemente 200 o 205 coras y 300 mestizos. No se mezclan entre sí. Hay una aversión a los mestizos. No los aceptan.

–Los mestizos son los comerciantes, los prestamistas, los acaparadores de las mejores tierras.

–Es verdad. Sin embargo los coras tienen más ganado que los mestizos, construyen bien sus casas, ninguno carece de cochinos y gallinas.

–¿Y qué me dice usted de los tepehuanes?

–Los tepehuanes son casi tan religiosos y supersticiosos como los coras. Rentan sus bosques de pinos a las compañías madereras, tienen más dinero y, naturalmente, se emborrachan más. En Durango hay veredas, hay brechas, hay comunicaciones, lo cual permite cierto desarrollo. Aquí reina el aislamiento.

Son las doce. El obispo, debe tomar su baño diario en el vecino arroyo del Fraile y nos despedimos. Había de

visitarlo tres o cuatro veces sin lograr traspasar nunca su reserva. Privado de armas, debe hacer concesiones. Los “santitos” constituyen un arma de dos filos. Retienen a los coras en la iglesia, rigen su existencia normal, pero el día de su fiesta los coras se apoderan de ellos y eliminan con suave firmeza cualquier interferencia eclesiástica.

El obispo sabe muy bien que a la larga terminará expurgando la nueva religión creada por los coras de sus “herejías y supersticiones”. La reconciliación del papa con los ortodoxos, los protestantes, los mahometanos e incluso los judíos no es aplicable a los indios, que fueron los primeros conversos de los tiempos modernos. Su idea de Dios, por tratarse de “salvajes” dispersos y carentes de fuerza política y de significación internacional, ha de ser inexorablemente remodelada y ajustada a los patrones ortodoxos. El sincretismo que desencadenó el activo padre Ortega no merece ningún respeto. Entre tanto esperan. Lo más posible es que en diez años más el dinamismo religioso cora origine otras sorprendentes respuestas antes de caer finalmente en las anodinas y convencionales prácticas de los mestizos. El ayuntamiento es el principal aliado del obispo. Más adelante estudiaremos este problema ya que, después de todo, una parte considerable de la historia social y política de México no es otra cosa que un generalizado problema de sincretismo.

La parálisis

El destartalado ayuntamiento se levanta a poca distancia de la iglesia, reuniéndose así el poder constitucional y el poder eclesiástico, dos instituciones ajenas que al final destruirán los restos de la vida cora.

El ayuntamiento es el reflejo de la miseria circundan-

te. No percibe contribución alguna por asiento de casas, tiendas o siembras. Su único recurso lo constituye la salida del ganado cora de su jurisdicción, lo que significó una entrada neta de 28 mil pesos el año de 1968. La forma de administrar el ingreso es bien sencilla. Un colector de la Tesorería Estatal cobra 30 pesos si el animal se vende dentro de Nayarit, 60 si se vende fuera, y de esas sumas un 30% le toca al ayuntamiento. Con el pequeño ingreso –poco más de dos mil pesos mensuales– se pagan los sueldos del presidente, del secretario, del pomposamente llamado comandante de Policía –un bravucón armado de pistola– y el resto se destina a reparaciones del edificio y a la comida y el cuidado de los presos.

El presidente, manejador de la justicia legal, cuenta sobre todo con el apoyo y la cooperación de los mestizos, mientras que el gobernador de la tribu, relegado al manejo de lo sagrado, se apoya en los coras, lo cual origina numerosas disputas de jerarquía y privilegio.

En Jesús María viven mestizos y coras, pero muchas de las casas coras están vacías por ausencia de los dueños, lo que acentúa el aspecto ruinoso y solitario del pueblo. Al llegar el tiempo de las lluvias –mediados de junio– Jesús María se vacía, literalmente. Los vecinos, sin excepción, acompañados de las mujeres y los niños, se marchan a sus llamados “ranchos de agua” situados en las altas montañas, y allí permanecen hasta mediados de octubre, pastoreando, ordeñando sus ganados y cuidando sus milpas. En estos cuatro meses de intenso trabajo acumulan los bienes de consumo necesarios para sobrevivir el resto del año. Bajan los domingos a comprar lo indispensable o a cumplir con sus deberes religiosos, y el pueblo queda en manos de las autoridades, los franciscanos, los maestros y los tenderos. A finales de la seca,

aunque principia la temporada de las frutas silvestres, se acentúa la carestía de víveres y los coras deben recurrir a los usureros. Según me dijo textualmente el presidente municipal, los indios piden fiado un hectolitro de maíz (setenta kilos) y al año deben pagar diez. “Siempre –concluyó el presidente– han sido pastura de los mestizos.”

Los escolares, como en su mayor parte viven lejos de Jesús María, deben traer su esquite o sus tostadas, y los parientes les hacen un rinconcito a cambio de pequeños servicios. El resultado de estas privaciones y miserias no es halagüeño. Sólo el 10% de los muchachos coras y el 25% de los mestizos llegan al sexto año.

Por lo demás, la tasa de crecimiento es explosiva. Las familias coras tienen en promedio cinco o seis hijos y las mestizas ocho o nueve, si bien de cada cinco niños coras dos mueren antes de cumplir un año. Es abrumador el número de jóvenes, lo que supone el deterioro de ciertos patrones tradicionales. Fuera de los respetados principales, los funcionarios religiosos y los gobernantes de la tribu, son hombres no mayores de cuarenta años y los mismos bastas –los viejos– apenas rebasan la treintena.

Los muchachos abandonan la escuela a los catorce o a los quince años por juntarse con una joven de su edad, olvidan lo que aprendieron y principian su nueva vida reasumiendo las tareas del Neolítico: cultivar las áridas laderas de los montes con un palo puntiagudo, pastorear, chacalear –pescar–, hacer adobes, bateas, cestos y petates.

Comen diariamente tortillas, frijoles, chile y sólo un poco de carne cada mes. Las tierras planas, las playas del río, las tiendas pertenecen a los mestizos. En todo el extenso municipio del Nayar únicamente diez coras se valen del arado. Les corresponde un promedio de tres vacas por cabeza y todos disfrutan la escasa renta adicional

de sus cerdos, de sus gallinas y de sus burros. Con éstos traen de la costa alcohol, azúcar y arroz.

La escuela funciona mal dentro de una economía primitiva y una atomización social que impone la naturaleza de la sierra. Ningún secretario de Educación ha podido entender nunca que el enorme gasto de las escuelas campesinas se pierde en más de un 98% por el hecho de no haber tendido puentes entre una educación básica y un medio miserable que la hace ineficaz. Educar no consiste en que el uno por ciento acceda a las escuelas normales y la casi totalidad regrese a técnicas de un Neolítico cada vez más amputado de su espiritualidad. Esta política es sencillamente estúpida. Para que la educación cumpla una tarea eficaz, la vetusta Secretaría de Educación debería trabajar coordinadamente con las de Agricultura y Ganadería, Comunicaciones, Economía y Hacienda, a fin de crear una infraestructura mínima que, respondiendo a la escuela primaria renovada, evite derroches, aproveche al máximo una vasta fuerza ociosa pero de incalculables posibilidades y se establezcan las bases de un mercado interno, pero en la actualidad la condición del campo es tan degradante que ni siquiera es posible salvar a los mejor dotados, capaces de vigorizar el sector más descuidado de nuestro país.

Agrava la parálisis el omnipresente problema agrario. Hasta la fecha, y a pesar de innumerables gestiones, viajes y gastos, los coras de Jesús María no han podido obtener sus títulos de propiedad comunal. Legalmente, el desierto montañoso no les pertenece. Con todo, los coras, a diferencia de los huicholes, formaban una gran familia. El presidente municipal y el gobernador de la tribu eran respetados y hacían sentir su influencia en remotas comunidades. Hoy la unidad se ha roto. Un mestizo bribón que dice ser cora y llamarse Manuel Arvizu

Tiznado, apoyado en ciertos caciquillos, ha introducido la discordia y domina las comunidades mestizas de San Juan Peyotan y Santa Rosa y las comunidades indias de San Francisco y La Mesa. Tiznado, para hacerse del control de coras y huicholes y medrar políticamente, inventó la Brigada de Defensa Agraria Adolfo López Mateos, y valido de este artificio de intimidación, con la promesa de los ansiados títulos, sus “ingenieros”, miden tierras arbitrariamente, amenazan, cohechan y envenenan los ánimos. Bajo la apariencia mortecina de los poblados, se oculta un fermento de antigua violencia. El cora no se separa nunca de su cuchillo y en su casa guarda escopetas y machetes. La miseria, la ociosidad, el recelo, las presiones a que están sometidos, la inexorable invasión de los mestizos provocan tensiones insoportables que estallan durante las fiestas.

A veces un joven iracundo responsable de un homicidio huye a la sierra y puede convertirse en un temible bandido, como es el caso del huichol Dientes de Oro. Durante el tiempo que estuve en Jesús María las autoridades y los vecinos no hablaban de nadie más. Unos juraban haberlo visto en Tepic y en las montañas vecinas, otros relataban fabulosos atracos, elaboraban planes estratégicos destinados a prenderlo, y los agentes judiciales, enviados por el gobierno de Nayarit, habían regresado a Tepic después de buscarlo inútilmente. El Dientes de Oro, oculto en una peña o detrás de la maleza, veía pasar a sus perseguidores y se reía de ellos.

Las historias de bandidos, oídas en los radios de transistores, generan nuevos mitos. Muchos me aseguraron que Dientes de Oro repartía entre los pobres lo que robaba a los ricos, describían matanzas o hazañas heroicas, trasladando inconscientemente su angustia y su terror difuso a la figura del bandolero, otra manera de aumen-

tar la ya extensa galería de los peligros sobrenaturales con que han poblado la sierra. Al último, una delación permitió dar muerte a Dientes de Oro, pero es muy posible que mientras escribo estas líneas otro fugitivo esté motivando una nueva fábula.

Los campesinos del municipio de El Nayar han llevado sus quejas a Tepic o a México, pero no han sido escuchados. El secretario del ayuntamiento, Mónico Evangelista, cora de excepcional integridad, me dijo tratando de explicar el poder de Arvizu: “En estas partes cuenta la palabra ‘bonita’. Es el principal problema. Lo mejor que teníamos era la amistad y la unión de todos, y eso ha terminado. Ya no nos vemos como hermanos sino como enemigos”.

La lucha de los mestizos contra los indios, de los frailes y de los ayuntamientos contra los organismos tradicionales, la corrupción que han introducido los sistemas electorales del partido oficial, con que los caciques bribones triunfan sistemáticamente sobre los hombres honrados e inteligentes, favorecen las maniobras de Tiznado.

Y ciertamente ahí radica el problema. Un pueblo acostumbrado al recitado de los mitos es sensible a la palabra “bonita”. Tiznado utiliza una retórica que constituye el patrimonio de los granujas en todos los niveles. Tiene gente, tiene a los poderosos, a los agiotistas, a los ganaderos, y llegado el tiempo de las elecciones los echa en el platillo y la balanza se inclina a su favor.

Yo mismo fui víctima de su política. Al visitar San Francisco, situado a una hora de distancia de Jesús María, la división determinó que las autoridades me mantuvieran tres días prácticamente incomunicado. De nada valieron cartas, gestiones diplomáticas, razonamientos. Dos días más tarde se presentó un viejo chamán medio ciego y totalmente amnésico, y ni siquiera me fue posible obtener

guías que me llevaran a las cuevas de Tauta, la venerada Diosa del Agua. Me aseguraron que el sacerdote guardián de los sagrados lugares estaba gravemente enfermo y decidí regresar a Jesús María consciente de mi dolorosa derrota. Las autoridades me vieron partir agrupadas en la puerta de la agencia municipal, guardando una actitud desdeñosa e impenetrable. La estancia en Jesús María, el pueblo enemigo de Arvizu, me había demonizado suficientemente y como ésta era la situación con que he tropezado en Pekín, en Nueva York, en Moscú o en el Medio Oriente, me resigné ante una fatalidad que me ha perseguido durante una buena parte de mi vida.

Una familia cora

Desde el primer día nos alojamos en la casa de Juan Molina, compuesta de dos cuartos: uno donde vive la familia los meses de invierno y otro destinado a guardar el maíz.

Durante los meses de calor, la familia Molina duerme arriba de dos frescos silos, y cocina y descansa en dos viejas casas de piedra separadas de la nuestra por un amplio corral, de modo que estamos cerca de todo lo que nos interesa y al mismo tiempo disfrutamos de cierta independencia.

Nuestra pequeña casa, ya dentro del barrio cora, sería muy confortable si no fuera porque su fachada, construida hacia el poniente, la convierte en un horno de las dos a las seis de la tarde, y sólo podemos descansar cuando Tayau, Nuestro Padre el Sol, se oculta detrás de la colina de San Miguel.

Juan Molina pasa la temporada de lluvias en el rancho del padre, Hilario Molina, considerado el cora más rico de la sierra, y este ritmo de ociosidad y de trabajo lo resiente su humanidad, pues al final de junio llega a pesar

ciento diez kilos y a comienzos de octubre sólo ochenta y cinco o noventa.

Su vida, la de su mujer y la de sus siete hijos, gira en torno del terrible y venerado padre. Este extraño personaje radica en su rancho y viene a Jesús María algunos domingos y los días de fiesta, cuando vende cañas de azúcar y frutas en un cuarto fronterero a la iglesia, aunque él es propietario de otra casa ruिनosa medio oculta entre el amarillo esplendor de las retamas.

Cuando Juan terminó de construir su “casa de invierno”, el padre, que lo desprecia a causa de su poco amor al trabajo, lo acusó en el juzgado de robarle. Juan escapó de ir a la cárcel haciendo que su madre confesara haberle entregado tres mil pesos de sus ahorros personales. Este penoso asunto es sólo un episodio de la tiranía paterna. El viejo lo tuvo siempre de vaquero en su rancho, sin pagarle sueldo, y Juan decidió mudarse a Jesús María, tanto para sacudirse la tutela como para que sus hijos asistieran a la escuela. Por su rudo trabajo de cuatro meses Hilario le da un total de mil pesos y lo ayuda con maíz, carne, queso, frijoles o calabazas. El resto del año lo pasa Juan acaparando maíz, chalaneando vacas y bestias de montar o realizando pequeños negocios. En realidad no le falta nada de lo esencial. Es propietario de tres casas y de cinco o seis buenas mulas, y sus cofres están llenos de “cortes” y de vestidos. Puede gastarse cuatrocientos o quinientos pesos en cervezas con sus amigos mestizos; en cambio, no ayuda a las fiestas colectivas y se siente más mestizo que cora. El padre es su obsesión, el motivo de su envidia y su remordimiento, y no hay día en que no se refiera a él con admiración y rencor ilimitados.

–Mira –me dijo desde el comienzo–, mi apá vive entre el animalero. Tiene gallos y gallinas, muchos puercos,

unos gordos, otros flacos, enjambres de colmenas, bueyes de grandes cuernos, vacas con unas tamañas ubronas, vaquillas cargadas, novillones de quinientos kilos, y es tanto el animalero que no hay donde poner el pie. Mi apá sale en las mañanas llevando un puñado de sal en la mano: “Toma, toma”. Las vacas entonces bajan a comer la sal y estiran el pescuezo para que se los rasque. Ha hecho canales y lleva el agua a sus huertas. Allí tampoco se puede andar entre las cañas, los naranjos, los mangos, los camotes, las sandías, los melones y las calabazas.

”Yo lo convencí de que comprara un semental, no muy caro, de cuatro mil quinientos pesos, y ahora el viejo se luce con unas vacas ubronas así de grandotas. Nosotros lo ayudamos en las aguas, en el tiempo más duro, pero siempre tiene dos peones, y a veces treinta, que siembran maíz o frijol o limpian la huerta, pero no hay nadie que trabaje como él. Mi apá desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche corta leña, cura los becerros, ordeña, limpia la huerta. Cuando no hay gente, porque los peones son huevones y se van casi juidos, él solito tumba, siembra y pizca con la camisa empapada en sudor. No puede estar ocioso. La gente le dice:

”–Hilario, no trabajes tanto. Ya tienes con qué mantenerte.

”–No, yo no quiero estar de huevón –les contesta–. No sean tarugos, trabajen. Aquí hay un dineral, pero hay que trabajar.

”Vende cuatro mil pesos de queso cuando la gente está con mucha hambre; vende vacas y becerros; hizo un campo y sacó mil pesos de camotes; hizo otro campo, sembró chiles y sacó mil pesos. Compra maíz, compra animales, compra todo lo que van a ofrecerle. Siembra en diez partes distintas; a veces siembra a medias con sus diez yuntas de bueyes. Tiene almacenes repletos de granos, de sal,

de jabón, de arroz, de frijoles, de telas. Presta dinero al 5% mientras los mestizos prestan al 10 y al 15 mensual. Dice mi apá:

”-Yo puedo sostenerme diez años sin vender ni comprar nada.

”Su madre era rica; tenía 200 reses, pero él quedó huérfano muy chiquillo; ella no le daba nada y un tío suyo lo trabajó mucho, y desde entonces se acostumbró a no descansar y a vivir pobremente. Tiene calzones blancos, huaraches de tres puntadas, una camisa de manta y su morral bordado, arrea las mulas cargadas y si se le rompe un huarache sigue el camino descalzo. En lo único que gasta es en mujeres. Siempre ha tenido dos y la última le dio un chiquillo que vive con él, pero a la propia no la ha cambiado nunca.

”-¿Tú qué -le dice a mi amá-, tú qué tienes conmigo? Tú eres aquí la dueña. Dale a tus hijos [Juan y una hermana casada] dinero, carne, maíz y que Dios nos ayude.

”Él cree en Dios, y no cree en las costumbres de los coras porque, cuando todavía vivía la abuela, se enfermó una de sus hermanas que era muy bonita y llamaron al curandero. Terminada la cura mandó mi abuela que le trajeran una remuda y se la ensillaran con la mejor silla, le echó un montón de dinero en el morral, le dieron una cecina, un queso y le metieron una carabina debajo del arción.

”La hermana siguió enferma mucho tiempo y el curandero avisó un día que sólo podía sanar si se casaba con él. Mi apá, enojado, lo echó a cuartazos de la casa, le quitó la carabina y el arción y nunca más quiso tener trato con los curanderos.”

Magia y riqueza

“Cuando mi apá se juntó con mi amá, se fueron a una cueva y mi apá empezó a coamilear solo. A los tres me-

ses se puso a tallar ixtle para hacer unos sudaderos y los vendió en Ruiz, a cincuenta centavos cada uno, y de allá se trajo unas piezas de manta y con esa manta compró dos o tres vaquillas. A mi amá no le trajo ni cerillos, pero a ella le dio tanto gusto, que tenía amarradas las vaquillas abajo del carretón [silo]. Se llegó el tiempo de sembrar, levantó mucho maíz y ese año compró como diez vaquillas y una mula. Al año siguiente ya pudo comprar unas quince vaquillas y una segunda mula. A una, la llamaban la Ratona y a otra la Zorra. Mi apá ya andaba en mula, ya medio se había levantado, y no podía hacer negocios grandes por falta de dinero. Él tenía un amigo rico, un viejo cora de Jesús María llamado Lucio Matías, y un día que estaba de plática, le dijo mi apá:

”-Lucio Matías, ¿cómo le hiciste para ser rico? Yo quiero comer de todo lo que hay en el mundo; yo quiero tener todo lo que vive y que Dios nos dejó aquí en la tierra, como toros, caballos, borregos, cañas, maíz, frijoles. ¿Cómo le hiciste Lucio Matías?

”-Es muy arriesgado lo que voy a proponerte. ¿De veras te animas?

”-Sí me animo.

”-Yo te consigo dinero, pero debes devolverlo sin falta a los veinte años.

”Lucio Matías lo llevó a una cueva de La Mesa y le dijo entonces:

”-Entra en esa cueva. Verás un bulto que te dará un cuerno y una monedita. Si no tienes miedo le puedes pedir lo que quieras.

”Mi apá se metió a la cueva. Primero sopló un aire muy fuerte; luego salió de las peñas un tremendo animalero, miles y miles de asqueles [hormigas], que se le subieron por todo el cuerpo. Acabó aquello y una víbora se le enroscó en el pescuezo. Después se le vino encima

un toro, corneándolo de lejos, y mi apá, firme. Al rato apareció un hombre montado a caballo que le ofreció su machete. Mi apá no quiso tomarlo, el hombre se desvaneció y al poco rato se apareció un bulto como de gente, como de cristiano. El bulto le dijo:

”-Me has ganado, amigo. Ahora sí, pídemle lo que quieras.

”-Quiero que me des ánimo para trabajar. Que se me den las plantas, que se me concedan todos los animales. Que yo pueda decir: esa vaca es mía, ese caballo es mío. Quiero dinero para ayudar a la gente que tiene hambre.

”Y ya que le pidió todo eso, el bulto le llenó dos medidas¹ de pura plata y se las entregó con un cuerno de toro. El cuerno se ha convertido en quinientas reses y las monedas en un dineral. Por eso mi apá siempre trae cinco o seis mil pesos y vaca que compra es vaca que pare hartos becerros.

”A los cinco años dejó el cuerno en la cueva y a los veinte, según lo convenido, entregó sus dos medidas de plata, pero siempre le quedó alguna duda y regresó al día siguiente. La cueva estaba desierta y el dinero había desaparecido. Ahora mi apá no puede estar de oquis ni un momento, parece como si alguien lo empujara, como si alguien le exigiera que trabajara. Le gusta trabajar. Nosotros vivimos con la ayuda de él. A mi amá le da lo que quiere, pues como él pidió de todo, Dios le dio de todo. Le habla a una mujer y la mujer lo sigue. Le pone casa, luego la deja y consigue otra. Es muy renegada su habla, como si regañara. Sin embargo es muy hablativo con la gente y la ayuda. No sabe leer, pero sabe hacer cuentas. Hay días en que está sordo y hay días en que oye bien. Los amigos le preguntan cómo hizo su dinero. Él les

¹ El equivalente a cuatro kilos.

cuenta la historia, pero no los lleva a la cueva. Otros han ido y se han hecho ricos. Otros se han muerto de miedo.”

La mujer

Hilario Medina, el renegado cora casado con una mestiza, ha obtenido su fortuna del mismo modo que obtienen sus poderes los curanderos y los chamanes a quienes él desprecia. El hecho de ser el más rico y envidiado de los coras no ha mejorado su vida. Se alumbra con ocofes, come tortillas y frijoles y viste miserablemente. El famoso rancho no difiere de los otros “ranchos” coras y el espíritu que lo empuja a trabajar desde el alba no estimula a nadie, comenzando por su propio hijo. Juan prefiere carecer de jabón o de carne a sufrir las exigencias de Hilario. Se queja amargamente de haber sido el esclavo de su padre, pero inconscientemente aplica a su familia las reglas que acató durante muchos años.

Se casó muy joven con Catalina Altamirano, una mujer alta y hermosa a la que el trabajo y los constantes partos han envejecido prematuramente. El padre de ella, Tereso Altamirano, campesino, violinista y antiguo presidente municipal, era el propietario del terreno y de las dos casas de piedra que Juan le compró a un precio ridículo hace más de quince años y donde reside la familia. Catalina nació en un rincón de la cocina. Allí trabaja de las cinco de la mañana a las siete de la noche y allí morirá del mismo modo que murieron sus antepasados.

Al amanecer prende el fuego en el alto fogón de barro cocido (pretil), muele el maíz, prepara la masa, echa las tortillas, hierva los frijoles y hace la salsa. Después de que todos almuerzan, peina y viste a los niños y sale al monte con un largo carrizo para cortar nopales. De re-

greso, echa maíz a los puercos y emplea la mañana en disponer la comida del mediodía.

Ahora Catalina ya no está sola. Le ayuda su madre cuando viene de visita, y sobre todo la mujer de su hijo Víctor, Margarita, una joven de dieciocho años sobre la cual recae el peso más duro del quehacer doméstico. Si Catalina debió pagar el honor de pertenecer a la acomodada familia de los Molina agotándose en el rancho de Hilario, Margarita reproduce la historia sin variantes. Ella muele cuatro o cinco kilos de maíz en el moderno molino, acarrea agua del río, echa las tortillas y ensilla las mulas. Siempre la veo dando vueltas a la manivela del molino o inclinada sobre el metate, empapada de sudor la hermosa cara. No conoce otra suerte y está satisfecha de la suya. Cuando tenía quince años bajó a bañarse al río y allí conoció a Víctor, el segundo hijo de Juan. Víctor la enamoró, es decir le rogó en “vecino” que se fuera a vivir con él, y Margarita le respondió en cora que la pidiera a sus padres. Juan y su mujer hicieron las gestiones necesarias y Margarita padeció el obligado rito iniciático. Catalina la juzgaba indigna de ser su nuera y Víctor la golpeaba con una cuerda que la dejó “marcada”. Un día, incluso Víctor trató de acuchillarla. “Gracias a los dioses, seguro”, Margarita logró esquivar el golpe y huyó espantada. Los padres se enojaron –le habían dado como dote quinientos pesos que Víctor gastó en una borrachera– y la acogieron en su casa, pero ella estaba triste.

Juan y Catalina emprendieron un nuevo viaje de reconciliación. Prometieron solemnemente que se casarían y ya no habría maltrato. Han cumplido en parte su palabra. Margarita, apasionada y temerosa, ha ingresado, sin casarse, en el poderoso clan de los Molina. No la autorizan a salir, ni le conceden el menor descanso. Sueña sólo con tener una casa –lo que la libraría de algunos

amos— y se conforma con que llegue la noche y pueda acostarse en el carretón al lado de su cruel, displicente y hermoso marido.

El clan Molina

No conocí a Prudencio, el hijo mayor de Juan, un muchacho que, al decir de su madre, antes de aparecer hace oír de lejos sus voces y sus fuertes pisadas. Vive oficialmente en el rancho del abuelo, que lo quiere “como a sus ojos”; sin embargo, fiel a la costumbre seguida con Juan, no le paga ningún salario, ni lo hace partícipe de los negocios importantes, por lo que Prudencio debe emplearse de peón en la costa o andar de aventuras en la sierra. Heredero del temperamento erótico de Hilario, a los dieciséis años se casó civilmente con una huichola, abandonándola después de nacer un hijo. Más tarde raptó a una mujer cora, le hizo una niña y se separaron. Juan, sin extremar su generosidad, se ocupa del hijo de la huichola, que regresó con sus padres, y del hijo de la cora, que vive con un hombre en Jesús María. Prudencio ahora se ha conquistado una “vecina” y el abuelo se encarga de mantenerla.

El segundo hijo, de diecisiete años, es Víctor, marido de Margarita. Llegó al tercer año, pues le daba “vergüenza” que sus compañeros le dijeran: “Újule, ya tan grandote y estás en la escuela; mejor vete a coamilear”. Figura entre los dandis de Jesús María. Gallito arrogante, trabaja cuatro meses en el rancho del abuelo y los otros ocho pasea vestido de cora o de mestizo, con ropas siempre recién planchadas, sombrero nuevo y un pañuelo de seda atado al cuello. No reconoce otra autoridad que la de su padre. Pesca, a veces corta leña o va por agua al río. Es el mensajero entre la casa y el rancho del abuelo. De tarde en tarde bebe y le dice a Juan: “Papá,

me trincaron. Mis amigos me dispararon cerveza y yo no tenía con qué corresponder. Se me hace feo estirar la mano. Déme cincuenta pesos”.

Esther, de quince años, carece de la belleza singular de esta familia y es la más inteligente. Estudia quinto año, concurre puntualmente al catecismo, acarrea agua, ayuda a cocinar. En la economía casera desempeña un pequeño papel y recibe un trato casi igual al de Margarita. Por añadidura, Juan la obliga a ser criada de una tendera rica que le da la comida, aunque se niega a pagarle el sueldo convenido de un peso diario.

Marina, de catorce años, tiene como único patrimonio una gran belleza que Juan ha situado en el rancho de su padre con la esperanza de cobrar réditos sustanciosos. Es consciente de lo que se espera de ella y ha sabido ganarse el cariño de su abuela. Anda vestida de mestiza y le apasionan los pañuelos de artisela y las peinetas de plástico. Sabiéndose una rica heredera, su vanidad, enfrentada a la codicia de Juan y de Hilario, sufre continuos golpes que resiente su carácter. Se niega a trabajar y vive mirándose al espejo, oyendo el radio o coqueteando con los amigos de Víctor. En una de sus breves estadías en Jesús María exigió que su madre le sirviera, y Catalina, para no perder su jerarquía dentro de la casa se vio en la necesidad de pegarle, lo que la hizo más cauta, aunque no menos orgullosa.

Los doce años de Primitivo, el quinto hijo de Juan, lo mantienen apartado del ambiente familiar. Muchacho vivaz, de oscura piel y dientes resplandecientes, estudia con aplicación, corta leña, ensilla y monta sus mulas, pesca y acarrea agua. Pequeño remolino en continuo movimiento, espera el rito de ingresar a la Judea el año entrante, lo que le permitirá iniciar su ascenso familiar y ganarse el respeto de los vecinos.